

—¡Viva! ¡Viva la Virgen! ¡Viva!

Y diez forzudos brazos de la gente del pueblo asieron de Gus, y disputándose unos y otros la honra de llevarle en hombros, y sacándole con regocijada algazara de la iglesia, le pasearon en triunfo por toda la ciudad.

V

EPILOGO

Inútil es añadir que los más nobles y poderosos quisieron honrar sus casas con la presencia de nuestro juglarcillo, obsequiándole y regalándole a porfía como a un hijo querido.

Y en verdad que fue el niño mimado de la Virgen.

El Prelado de la diócesis, enterado de cuanto le había sucedido a nuestro Gus, le prohibió, echó mano de toda su autoridad y conocimientos para dar, después de muchas averiguaciones, con el paradero de sus padres; y, por fin, un día dichosísimo tuvo el consuelo de ver el grupo conmovedor que formaban el padre y la madre, al estrechar contra su corazón al hijo que creían muerto o perdido para siempre.

La Virgen no hace las cosas a medias.

JULIO ALARCON, S. J.

ALGO SOBRE EDUCACION

En una fiesta que celebraban las escuelas públicas en Suiza encontré un colombiano con un yanqui enviado de los Estados Unidos a Europa con el objeto de visitar los establecimientos de educación, para observar sus reformas y adelantos.

A poco de haber entrado en relaciones los dos americanos la conversación versaba sobre achaques instructionalistas y educacionistas.

—¿Qué diferencia encuentra usted, preguntó el colombiano al norteamericano, entre la educación de su país y la de los pueblos latinos?

—Una diferencia trascendental vengo anotando entre la educación latina y la sajona, representada esta última singularmente por los Estados Unidos.

—Tiene que existir, porque son razas distintas, muy diferentes, repuso el primero.

—No; podría no haber tal diferencia, replicó el segundo. Ha sido la distinta educación la que ha promovido la diferencia entre los pueblos sajones y latinos. Las notas diferenciales de estos dos pueblos son accidentales, no esenciales. La definición de que «el hombre es un animal racional» cuadra tan perfectamente al primer tipo como al segundo.

—Veamos antes su observación, contestó intrigado nuestro compatriota por la negativa del yanki.

—Hablemos primero de la educación latina.

Al latino se educa desde el hogar bajo la idea de inferioridad. Expliquémonos: hay dos cosas que destruyen en su germen al hombre útil con la formación viciosa de su carácter: el mimo y el lenguaje depresivo. El niño, desde la casa de familia principia a ser reprendido con palabras que insensiblemente van arruinando desde la más tierna edad las ideas de capacidad y valor personal; pasa luego a la enseñanza primaria, y el maestro lo apostrofa con estas o semejantes palabras: *bobo*, *tonto*, *incapaz*, a veces hasta de *bruto* se atreven a tratarlo, cuando el chiquitín no acierta a responder lo que se le pregunta, no pocas veces por culpa de los mismos encargados de su educación.

Al pasar a la enseñanza secundaria encuentra profesores que le inculcan la idea de incapacidad para los estudios y lo despojan de los nobles ideales, de las valiosas aspiraciones, en lugar de estimularlo y tenderle la mano en sus desfallecimientos. (Entre nuestros profesores son frases consagradas por el uso: «usted debe irse a sembrar papas,» «usted es una nulidad,» «usted

no sirve sino para pastorear ovejas,» «usted es un torpe, *bruto*,» etc., etc.)

Al niño y al joven, continuaba el yanki, le ahogan en su cuna los padres y maestros la idea de que es un sér que dispone de facultades susceptibles de un gran desarrollo y cuyo buen manejo le aseguran el triunfo en todas las empresas de la vida. El niño, el hombre del futuro, bajo la deletérea influencia de esa educación está vencido antes de la lucha, porque sistemáticamente desconfía de sí mismo: familiarizado con el concepto de inferioridad y de imposibilidad vive sumergido en los abismos de una existencia infructuosa.

* * *

Ahora, como sería dispendioso explicarle el proceso de educación de un niño en los Estados Unidos, me limitaré a observarle que allá no se le deprime el ánimo, ni cuando se le reprende; no se le permite desconfiar de sí mismo; se le convence de muchas maneras que es capaz de grandes cosas en la vida, si desarrolla sus capacidades.

En la enseñanza secundaria encuentra el joven a los continuadores de su educación, principiada en el hogar, en profesores que levantan el espíritu, «maestros de energía,» como dijera el joven filósofo Maurice Barrés, impulsores como Swett Marden que a cada momento dice a la juventud: «Siempre adelante»; desarrólla tus facultades y empléalas bien y poserás la tierra; trabája porfiadamente, esfuézzate con tenacidad; la luz que ilumina los misteriosos caminos de la existencia está dentro de ti mismo.

«La desconfianza personal es la determinante de casi todos nuestros fracasos,» dice Bevee, y continúa él mismo: «La confianza en nuestras fuerzas es ya de por sí una fuerza; y en cambio es débil el fuerte que desconfía de su fuerza.»

El ideal de la educación lo encontramos sintetizado en frases que son lemas muy conocidos del pueblo; y no se crea que la humildad no se aprecia, esta virtud existe en todo hombre de mérito; la soberbia es propia de gentes poco prácticas y vanas. «La humildad es parte de la sabiduría; pero no ha de oponerse a la confianza propia que, de todas las demás cualidades, es la más conforme a la verdadera virilidad,» nos dice sabiamente Kossuth.

Un niño que perseguía una bomba de caucho, que se escapaba de sus manos cada vez que intentaba cogerla, vino a interrumpir la exposición del yanki. El niño los miro con asombro; así miran al que ven por vez primera.

—Las diferencias entre una y otra educación, como su tesis de que no debieran existir, merecen un libro de propaganda.

—Oh, sí, sí, repuso el norteamericano, cuanto acabo de exponerle es un esbozo únicamente.

Después de separarse los dos interlocutores, es inútil decir que a nuestro compatriota lo asaltaron serias reflexiones:

¡La audacia yanki! ¡La confianza con que miran la vida y la desafían; la creencia de que son los conquistadores modernos del mundo—al menos del americano—los árbitros y señores de los demás países; la misma superioridad por sus riquezas y poderío industrial, son efecto de la educación del carácter que se da en los Estados Unidos, desde el hogar doméstico hasta el aula universitaria; desde la que dan las madres a sus hijos, hasta la influencia del maestro profesional!

RAMÓN ZAPATA O.

Doctor en filosofía y letras del Colegio.